

Frankenstein y Erdosain

Podrían pensarse dos modos de imaginar la relación entre la ciencia y sus aplicaciones. Una primera, que podríamos llamar “teológica” y que encuentra su lugar en la descendencia de *Frankenstein* o el moderno *Prometeo* (1818), la primera novela de Mary Shelley. Allí, como se recordará, Frankenstein es el científico que crea vida artificialmente sólo para ver que el resultado de su alquimia es un monstruo sin nombre. A fin del siglo XIX, con la publicación de *Drácula*, asistimos a otra encarnación del científico: la tragedia que rodeaba a Victor Frankenstein es ahora casi una farsa cuando el desacreditado Van Helsing declare que los vampiros existen (y quiera probarlo). Finalmente, la historia del científico se resuelve en un golpe de efecto: para 1935, cuando el inglés James Whale estrene *Frankenstein*, el nombre del creador pasará a la criatura, así como el rol protagonista de la historia en sus diversas versiones a lo largo del siglo.

En esta línea el científico se piensa en relación con el bien y el mal trascendentes: el científico quiere ocupar el lugar de Dios y fracasa, el científico quiere luchar contra la más pura expresión del mal victoriano y casi fracasa. Finalmente, el científico debe desaparecer para que el siglo XX se apropie de la figura del monstruo: hemos vivido, señores, un siglo de ateísmo. La historia del científico entonces podría pensarse a través de la lógica de un modelo dramático: de la tragedia de Frankenstein, a la farsa de Van Helsing y de ahí (último estadio de la reflexión marxista) al relato de terror.

Pero tal vez esa tríada no pueda aplicarse a todas las historias literarias de la ciencia. Por ejemplo, la historia de los científicos en la ficción argentina debería tal vez pensarse en relación con el Estado antes que con la teología (y tal vez por eso, sólo en muy

contados casos el relato del científico se ha transformado en relato de terror). Así, esa historia debería comenzar por el papel heroico del científico como representante de la modernidad y el Estado (en ficciones naturalistas como *Irresponsable*, de Manuel Podestá o *Libro extraño*, de Sicardi) y seguir, en los inicios de la ciencia ficción nacional, con los científicos paraestatales en las ficciones de *Las fuerzas extrañas* (1906) de Lugones y en textos de Quiroga como *El hombre artificial* (1910): científicos locos, creadores de monstruos, emprendedores que brevemente capturan algo de la llama de Prometeo para luego, como en el caso de los inventores de Lugones, ser destruidos por su invento.

Esa imagen convive con la del científico extranjero que puede ayudar al Estado, pero es marginado por la burocracia que lo maneja. El protagonista de *El cocobacilo de Herrlin* (1918), de Arturo Cancela, es un científico “libre pero incomunicado, que paseaba, por la ciudad, un formidable e insólito secreto de Estado”: el destino de Herrlin, claro, es la insanía. Así, la ciencia finalmente será una fuerza antiestatal, una máquina de guerra que se piensa contra el Estado: Erdosain, como científico formado fuera de la lógica del Estado y conspirando contra él, es también un loco, uno de los siete locos. Ese pasaje también adquiere ciertas formas específicas: el naturalismo, la ciencia ficción, el folletín.

Y si en la primera serie podía verse la progresiva secularización de la imaginación sobre los monstruos, su progresiva independencia con respecto a sus creadores, en la segunda nos es dado ver la progresiva independencia de la ciencia como práctica. Y por lo tanto, su conflictiva articulación con la lógica política.

Ezequiel De Rosso

Roman Jakobson, el Ogro Fabbiani y la impostura de los teratólogos

Un delantero promete ser figura de uno de los equipos estrella en el campeonato local, pero en el desarrollo del mismo no acierta un gol ni por error. El tipo, claramente, es un anormal. Ahora bien, al mismo jugador, antes del pase al equipo estrella, se lo conocía en el ambiente futbolístico por el apodo de “Ogro”. Ese mote, sin embargo, no tenía ninguna connotación negativa, sino que, por el contrario, expresaba la capacidad del futbolista para asustar a sus rivales.

Este caso nos sirve para hacernos la siguiente pregunta: ¿qué cosa estudia un teratólogo? ¿Cómo puede la teratología plantearse como una disciplina científica si su objeto de estudio adolece de ambigüedad?

Valga otro ejemplo para la discusión que planteamos: el uso de la expresión “sos un monstruo”. Si la misma es enunciada frente al espejo por una chica que se mira luego de haber utilizado la crema para peinar los rulos, la frase tendrá necesariamente una connotación negativa. Si en cambio la profiere la misma señorita al finalizar el acto amoroso, su significa-

ción cambia. Así, qué se entiende por monstruoso dependerá del lugar del enunciador, de quién se construye como enunciatario y de la situación comunicativa en la que el enunciado tenga lugar.

Retomando nuestra discusión, si la teratología se plantea como la disciplina que dentro de la zoología estudia a las criaturas anormales, y acordamos en que la ciencia es el conocimiento sistematizado de hechos objetivos y accesibles a varios observadores, elaborado a partir del reconocimiento de patrones regulares, sobre los que se pueden aplicar razonamientos, construir hipótesis y esquemas mentalmente organizados; pero, lo que se entiende por monstruoso o anormal depende del contexto en el que se lo analiza, entonces: ¿puede la teratología ser ciencia?

La lingüística y la libertad de acción del Ogro Fabbiani parecen determinar categóricamente que no.

Vanesa PAFUNDO

Breves lecciones de psiquiatría

Hubo un tiempo en que los excesos del enigma y la tristeza inherentes al amor apasionado provocaban grandes desastres. La desesperanza de ciertos espíritus no lograba cubrirse con imágenes apropiadas y la gente caía en graves enfermedades, en la muerte. Nadie salía ileso.

La literatura acompañó el sentimiento y describió la congoja, fundamento fuerte de aquellas historias.

Del relato de Lidia de Cadaqués se encargaron Dalí, exaltándola, y Eugenio D’Ors, negando su existencia y en cierto modo también justificándola.

Lidia vendía pescado y albergó a personajes del surrealismo; así conoció brevemente a Eugenio D’Ors, autor de *La Bien Plantada*, de quien se enamoró perdidamente. Sin acusar recibo, D’Ors encarnó el gran amor de Lidia, luego su obsesión y finalmente su demencia delirante -erotomanía paranoica, diagnosticaron algunos-.

Con arrogante certeza la catalana se buscaba en los escritos del poeta, se encontraba y se descifraba sin pudor. Incluso un día halló el rastro de su amado en un menú de comidas: “Hors D’Oeuvre”-

leyó, y quizá, sólo esa vez, guardó para sí el estallido gozoso de su perspicacia. Después retomaría la correspondencia que asiduamente le dirigía.

“Lidia poseía el cerebro paranoico crítico más magnífico, aparte del mío, que

*Con arrogante certeza
la catalana se buscaba
en los escritos del poeta,
se encontraba
y se descifraba sin pudor.
Incluso un día halló
el rastro de su amado
en un menú de comidas.*

he conocido nunca” -dijo Dalí. En libros de la época pueden verse sus retratos. Mujer dulce y fría que no mira a cámara, sino a un punto lejano, negro y vacío.

Más acá en el tiempo encontramos, en las biografías usualmente públicas, nuevos disturbios no menos desgarradores, perturbaciones casi inconcebibles,

implacables, pertinaces, refractarias a la cura aun si lo intentaran.

Un reconocido hombre de ciencia, un tal Dr. Garbollo, anunció recientemente un sorprendente dictamen médico acerca de una de las personalidades más relevantes, hoy por hoy, de la farándula. “Este muchacho es un dismórfico”- dijo y aclaró que se trata de “un trastorno vinculado a una disconformidad obsesiva en relación con el cuerpo o con una o varias partes del mismo”. Afortunadamente para los familiares y allegados de las víctimas de esta enfermedad, el imaginario cultural sigue creciendo y está a disposición las 24 horas, ya que, alcanzado por los efectos de esta patología manifiestan alteraciones en el área intencional del discurso: “Es un loco del orto, que lo quemen en la plaza” -exclamó una de las enamoradas del controvertido muchacho, y en otra oportunidad: “¡Me tiene con los ovarios al plato!”.

Si Lidia de Cadaqués con su noble locura pudiese atravesar los siglos hasta nuestra era, tendría a mano su salvación. Tal vez con sólo una frase, una metáfora bien puesta en el ojal de ese galancito indiferente que ni siquiera le contestó una carta.

Nora MARTÍNEZ

El monstruo soy yo

Nada como la histeria masiva para revelarnos nuestra verdadera cara. Esa que nos esforzamos en maquillar día y noche hasta lograr transfigurarla en una máscara deforme, mentirosa y bastante atractiva.

Está claro que el “monstruo” es una entelequia que nunca existió, que inventamos para no tener que aceptarnos, y que estamos igualmente lejos de nuestros hermanos los cerdos que de nuestros supuestos ancestros los monos. Ambos son bastante más agradables, más cordiales y generosos que nosotros.

Nada como una buena

psicosis colectiva motorizada por los más modernos y eficaces medios de comunicación para revelarnos la verdadera naturaleza y el único logro del progreso: la inoculación del miedo más primitivo como verdad de cada célula que nos construye. Incapaces, digan lo que digan, de compartir un miserable resto de pan rancio, somos en cambio total y absolutamente capaces de asesinar sin miramientos a un chico de seis años o a un anciano de ochenta y dos, si es eso lo

que hace falta para alzarnos con el último barbijo, el último frasco de alcohol en gel o el último bidón de agua potable. Somos esa bestia irracional, todos y cada uno, dispuesta a devorarse los intestinos del vecino con tal de poder después dedicarnos a olvidar que no somos

lo que creemos ser.

*Somos esa bestia irracional, todos y cada uno,
dispuesta a devorarse
los intestinos del vecino
con tal de poder después dedicarnos a olvidar
que no somos lo que creemos ser.*

Cuando de verdad -pe- ro de verdad- una plaga incontrolable se abata sobre nosotros con la fuerza del último golpe universal, cuando alguna civilización más avanzada se decida a bajar de donde sea que esté para construir su planeta vacacional ideal (destruyendo en el proceso hasta el último ejemplar de esta especie

repugnante y sin valor que llamamos “hombre”) entonces, y sólo entonces, vamos a tener lo que nos merecemos. Pero hasta entonces nos vamos a tener que conformar con dos docenas de imbéciles recitando día y noche consejos descerebrados para no contagiarse algún estúpido resfrío, evitar la picadura de algún mosquito u horrorizarse ante la última ola de robos de niños negros víctimas de terremotos.

Adrián DRUT

El terremoto

Hasta hace apenas unos años yo era un tipo normal, como usted. Ahora creo estar padeciendo algún maleficio o una terrible enfermedad... Todo empezó con un largo pelo negro que excedía los límites del orificio nasal izquierdo en varios centímetros, y que un conocido -no sin asco- me señaló en la puerta de la iglesia. "Tenés un pelo", me dijo. Yo me puse bizco pero no vi nada, me toqué por encima y tampoco alcancé a agarrarlo, pero en cuanto llegué a casa me fui corriendo al baño a mirarme. El pelo tenía tal extensión que casi me rozaba la línea superior del labio. Tiré con todas mis fuerzas y tras varios dolorosos intentos logré arrancarlo.

Digo que todo empezó ese día porque poco tiempo después los pelos largos que salían de la nariz eran como siete, algunos de un lado y otros del otro... podía casi chupármelos. Más tarde fueron 20 o 30 y luego más, y el mismo fenómeno comenzó a producirse en mis orejas: de los agujeros y de los lóbulos brotaban como alpiste unos vellos grisáceos, largos y encerados.

Pronto descubrí que estaban unidos al cuero cabelludo: cuantos más de estos pelos me arrancaba, más pelado me iba quedando. Paralelamente una serie de cambios se fueron operando en mi piel y a nivel subcutáneo, a paso un tanto más lento pero igual de irreversible. Yo lo llamaría "efecto derretimiento" o "síndrome gelatinoso": aparecieron como colgajos, al principio pequeños y luego de mayor espesor, en la zona del abdomen, las tetillas,

Monada, 60

Mirado desde donde fuera cambiaba de forma: por cualquier lado, pies, cabezas, ojos y brazos. Era inútil hacerlo ver por los especialistas. No hay por dónde deslizar una hipótesis, por dónde espiar el hueco o la ausencia que lo explicará. Lo habían separado de su madre para entregarlo a los grupos de investigación. La mujer se fue creyendo que había muerto. Si lo tocaban con una aguja se curvaba, se encogía hasta casi desaparecer.

Era mejor dejarlo como estaba y mirarlo sin que se diera cuenta, mientras se anotaban las reacciones. Pero después de varios días se comprobó que no había reacciones, que tal como había nacido permanecía. No le sobraba ni le faltaba nada, no se movía en parte, ni se desplazaba.

Le echaron unas gotitas en alguna cabeza, en algún ojo: vieron un vapor oscuro, como cuando se moja un cigarrillo

los antebrazos y los muslos. Para que se dé una idea del grosor de estos dobleces le cuento que debajo de uno de los de la panza es posible esconder una cereza, una frutilla o cualquier otra fruta pequeña. Este síntoma dérmico vino acompañado de una serie de manchas desperdigadas por todo el cuerpo, de inquietantes tonalidades marrones y verdosas. Los huesos se atrofiaron o algo así, y un buen día me vi caminando como una marioneta y demasiado despacio como para lanzarme a cruzar una avenida solo.

Comenzó a resultarme harto complicado bañarme así que decidí lavarme por partes, pero los problemas con mi vista -que se había ido deteriorando casi sin que lo notara- impedían (e impiden) hacer una limpieza a fondo. Y poco a poco se me fueron acumulando unos "friguyis" indelebles en los pliegues.

Ante tanto cambio me olvidé de la existencia de mis órganos sexuales y un día, cuando los miré, casi no los vi: se habían achicharrado y toda la zona estaba realmente sucia y olorosa. Ni que hablar del culo, que si bien prácticamente no existía parecía haber adquirido vida propia.

¡Claro que fui a muchos médicos! ¿Me cree si le digo que todos coinciden en que este desastre en que me he convertido es algo natural e inevitable, como un terremoto? "Vaya, vaya abuelo", me dicen. "¿Abuelo de quién?", les contesto. Y me voy.

Yanina BOUCHE

prendido. Lo dieron vuelta y ahí tenía otros brazos. Se cansaron.

Esos fenómenos no eran cosas de todos los días. Pero se estaba seguro de que en 1784 (Inglaterra) había nacido algo parecido, se lo había llevado la madre y lo crió en el agua, vivió más de veinte años y aprendió varias lenguas.

Ahora era distinto, la madre se había ido con la creencia de parir un muerto y la ciencia nunca termina de avanzar -dijo uno de ellos- aunque no se detiene.

Algunas veces se parecía a cualquiera, entonces se iba a bailar, a tomar cerveza y charlar con otros que cuando no eran monadas eran una monada..

Germán GARCÍA

- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Cuentos seniles: pedido de ayuda

Queridos lectores de los cuentos seniles: nuestro editor me ha transmitido la idea de dedicarle el número próximo a los monstruos, y yo enseguida me acordé de uno que vi hace muchos años en una película pero que no puedo traer desde el pasado a cabalidad, por eso me dirijo a Ustedes. Y no consideren este recurso como esos demagógicos de los conductores de programas de variedades que les dicen a los televidentes o a los radioescuchas que

llamen diciendo esto o aquello como si a alguien le interesara cualquier cosa que la gente común tenga para decir. No, no es el caso. Aquí se trata de que me ayuden a recordar. Es que mis fuentes habituales o tienen una edad escasa como para compartir mis recuerdos o son más o menos contemporáneos y les cuesta memorizar las cosas.

Me gustaría hacer mi artículo escribiendo sobre cierta película que daban habitualmente en el Cine de Súper Acción de los sábados por el antiguo canal 11, obviamente en blanco y negro, del tipo de aquella como *El hombre de los ojos de rayos X* con Ray Milland. En este caso particular, no en la de *El hombre de los ojos...*, se trataba de un científico que ejecutaba un experimento consistente

en insertar una cabeza a un cuerpo completo, de manera de obtener un hombre con dos cabezas. Tengo presente que una de las cabezas era la de un negro de bigotes (parecido a aquel negro que protagonizó en los años ochentas o noventas una película de risa con el actor rubio de *Una chica al rojo vivo* donde el rubio hacía de sordo y el negro de ciego). Esa cabeza del negro compartía un cuerpo enfundado en un mameluco con una cabeza de blanco. Creo

recordar que el negro era un asesino serial peligrosísimo y se desataba entre las cabezas una lucha como entre el bien y el mal. En mi recuerdo, tal vez la cabeza del blanco fuera la del científico a cargo del experimento, no estoy seguro.

Lo que quisiera saber para poder escribir el artículo con precisión es: el nombre de la vista, el director, el año del rodaje, y si el argumento podría ser leído hoy como la estigmatización del los hombres de color o por el contrario como una contribución a la igualdad de razas, o si ninguna de esas opciones es posible.

Espero su ayuda antes de la fecha de cierre de la próxima edición, todavía tenemos tiempo.

Roberto GÁRRIZ



Nelson BR - Miguel FLORIO